

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

3. SEGUNDA TENTACION: No favorecer suficientemente la espontaneidad y las manifestaciones de los dones del Espíritu

Testimonio

Hacia meses que había recibido el llamado Bautismo en el Espíritu Santo. Me sentía una nueva "criatura". Pero tenía la impresión de que no toda mi persona estaba disponible a la acción del Espíritu. Había oído hablar del "don de lenguas". Le tenía sencillamente pánico.

Temblaba de que al Señor se le ocurriera fijarse en mi y concedérmelo. Cualquier cosa menos eso. Me parecía ridículo. Y no me encontraba dispuesta a hacerlo delante de mi y de los demás, si se hacía presente en una comunidad de oración. Por eso me inquietaba y vivía un poco de zozobra. Lo rehusaba abiertamente. Y afortunadamente, en mi caso, sucedió algo inusitado. Estaba en oración y de improviso sentí como un apremio a mover mi lengua, se fue aumentando y comprendí que el Señor me invitaba a alabarle en lenguas. Me aterró. Mi primera reacción fue mordirme hasta casi sangrar. Salí del apuro, por aquella vez, violentamente. Pero Dios no se dio por vencido; una y otra vez se dejó sentir con los mismos síntomas. Esto me creaba una intranquilidad de conciencia. Me parecía estar segura de que no era cosa mía pero interiormente deseaba alabar al Señor intensamente. Me resolvía consultar.

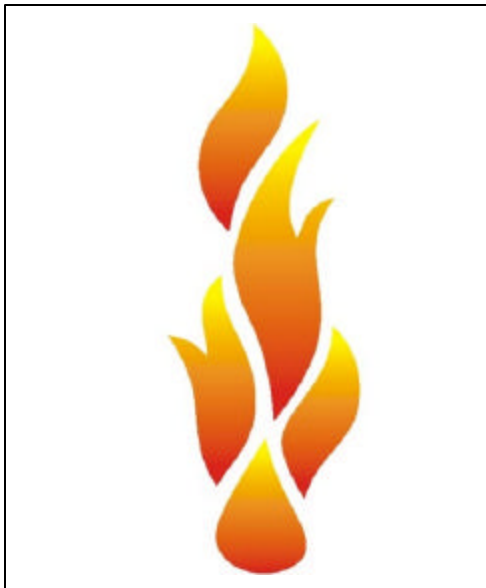
Se me dijo que no pusiera resistencia. ¿Quién era yo para luchar contra el Señor? Que tomara la actitud de un niño y que me dispusiera a aparecer ante mí como un poco "tonta". Sería una impresión pasajera. Obedecí. El don tan tercamente rechazado vino a mí y hoy pienso en mi actitud y casi me avergüenzo. Lo uso con frecuencia privadamente. Mi alma se enciende en el amor del Señor y aún siento que me ayuda a ser liberada de ciertos complejos. ¡Gloria al Señor!

Evidentemente, en este tema de los dones dentro de las reuniones de oración, se puede ir de un extremo a otro. En ello, como en todo, se ha de buscar el difícil equilibrio: lo preciso, lo justo, lo que da una discreta razón y, sobre todo, el discernimiento del Espíritu.

Hay quienes pueden buscar ansiosamente los carismas, pero los hay que se preocupan demasiado por los peligros.

Una cosa es la discreta vigilancia, una previsión inteligente de ellos y aún la fraterna corrección a quienes indiscretamente usan los dones; otra, muy distinta es "reprimirlos y extinguirlos por temor".

Si realmente han nacido del Espíritu no



es para que los agraciados con ellos los tengan "soterrados", como hizo con el talento el siervo perezoso (Mt. 25, 24-30).

Dados para "edificar la Iglesia de Cristo" no usarlos, discretamente por la razón que fuere, es privarla de un gran bien.

Recordemos lo que dice S. Pablo:

"Examinen todo, hagan el conveniente discernimiento y quédense con lo bueno" (1 Tes. 5, 21).

* * *

1. Algunos puntos doctrinales:

Recordemos ciertos puntos doctrinales que nos darán el verdadero sentido de los "carismas" y nos ayudarán a apreciarlos, deseárselos, pedirlos y cultivarlos en su justa medida, según la voluntad de Dios.

A. Exposición abreviada de su fin:

Suponemos conocida de nuestros lectores la finalidad de los carismas. Los carismas (en sentido amplio) son "una aptitud general, en la medida en que es liberada por el Espíritu, y aceptada para la edificación y el crecimiento del Cuerpo de Cristo o del mundo". (Mühlen)

Pertencen a la esencia necesaria y permanente de la Iglesia, de la misma manera que la jerarquía y los sacramentos. Los carismas, en contraposición a las virtudes, apuntan a hacer visible y creíble la Iglesia como "pueblo santo de Dios" y así son un complemento del ministerio eclesial en su función propia". (Rahner).

2. Consecuencias:

La primera consecuencia: es que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, se manifiesta, está presente en los carismas. Son "Signos de la presencia del Espíritu de Cristo".

Se trata de realidades que nos descubren una presencia real de alguien que está detrás y por encima de ellos, el Espíritu Santo, infundiéndolos, haciéndolos crecer e impulsando a usarlos rectamente.

La segunda consecuencia: es que si se trata de realidades con un valor fundamentalmente salvífico es obvio que el cristiano los desee, los pida humildemente y los use conforme a la voluntad del Padre que los concede con una finalidad determinada.

La tercera conclusión parece, igualmente, obvia: se hace totalmente indispensable el discernimiento, pues nos hallamos ante realidades delicadas, expuestas a desviaciones, interpretacio-

nes equívocas o torcidas. Pudieran manifestarse, a veces, influjos inadvertidos de nuestros profundos anhelos que parten de nuestro subconsciente, sin que lo descubramos, en lugar de dones auténticos.

La cuarta conclusión, demasiado simple, pero fundamental: Se impone antes de todo, juicio, conocer con cierta profundidad, si es posible, qué son los carismas y las particularidades de cada uno.

Por citar un ejemplo: son no pocos los incrédulos, los que "minusvaloran", hasta desprecian el controvertido "don de lenguas".

Cuando se les invita a explicar qué entienden por tal don, llega uno a asombrarse de la ignorancia, de la ligereza con que hablan de una realidad hoy tan estudiada desde todos los ángulos posibles, por especialistas y tan frecuente entre los carismáticos. ¿No sería más prudente dejarse instruir, sin prejuicios, por personas competentes en la materia antes de emitir un juicio que puede descubrir reparos, mala o deficiente formación?

Si los carismas en frase de K. Rahner, pertenecen a la esencia de la Iglesia no tenemos que maravillarnos de que en nuestros días también se den. El mismo Vaticano II ha tomado posición respecto de ellos y no es por cierto negativa.

La quinta consecuencia, tiene una gran importancia: Los carismas, en un grupo maduro de oración, que cuenta con una dirección experta, han de convertirse en elementos normales de ella.

Si el círculo de oración ha madurado en la alabanza y los carismas no aparecen suficientemente, habría que indagar los obstáculos, los que impiden una sana y frecuente manifestación. Parece bastante garantizada esta afirmación: no todos los carismas se dan en la misma abundancia. El de lenguas suele ser prodigado por el Espíritu si las personas no ponen obstáculo. Hay quienes positivamente lo rechazan por diversas razones. Pero, aún en la hipótesis de no existir tal impedimento, es discutible que todos lo recibirían. El carisma de profecía no es, ni mucho menos, tan frecuente.

Otra pedagogía y normas hay que tener con los grupos incipientes. Deben aprender a poner las cosas en su sitio; a conocer qué puesto tiene la acción del Espíritu y qué cooperación pide de nosotros. Tener prisa por tocar el tema, más aún, presionar para que se manifiesten es una dañosa pedagogía.

Sexta consecuencia: Favorecer la espontaneidad y las manifestaciones de los carismas, indudablemente, es tarea

delicada. Aunque sea el Espíritu Santo quien los concede, los desarrolla y suscita su uso, hemos de saber colaborar con él; ni obstaculizar su obra, ni mostrarnos tibios sino favorecerla. ¿Cómo podemos hacerlo?

Esta colaboración debe ser: a nivel individual, a nivel de todo el grupo de oración, a nivel de los líderes. Cada uno de estos diversos colaboradores del Espíritu desempeñan un propio papel. Deben, por tanto, conocer los medios y el modo de realizarlo con la discreción humana, la humildad y la confianza en el Señor sin las que toda actividad del hombre queda estéril.

Respecto de los dirigentes es necesario insistir: No debe ignorar cuanto le capacita humana y divinamente para colaborar con el Espíritu en una misión que redundará en bien o en mal de los sujetos particulares, del grupo como tal, de la Iglesia para cuya edificación se nos dan. Si los carismas se otorgan para "construir" la comunidad, su ausencia conducirá al estancamiento y al paulatino empobrecimiento del grupo.

Entre las disposiciones envidiables del líder destaca la de hallarse "sensibilizados" a la acción del Espíritu Santo de modo que, percibidas sus iluminaciones y mociones, una su propia actividad a la del Señor.

3. Desvelando y previniendo abusos

A pesar de que la Renovación en el mundo está bien orientada en el uso de los carismas, más de una vez encontraremos personas que dicen pertenecer a la Renovación; dotadas, quizá, de auténticos carismas pero actuando fuera de toda norma y medida. Se creen tener "hilo directo con el Espíritu" y verse privilegiadas constantemente, aún en las más insignificantes particularidades de la vida ordinaria, con claras y profundas iluminaciones del Señor.

Impulsadas por esta persuasión, llenas a veces de buena voluntad se lanzan, por su cuenta y riesgo a hacer uso de ellos, sin pensar que puedan estar equivocadas o ser juguetes de sus deseos y aún de la astucia del espíritu del mal.

No se les ocurre consultar, con total disponibilidad y pureza de intención. Si lo hacen, recurren a quienes prevén que darán un sí a sus pretensiones o ponen en actividad sus cualidades para persuadir al consultado de sus ideas y de sus planes. Hay una búsqueda exacerbada y enfermiza de sí mismo; no un serio intento de dar con la verdad de Dios y de amoldarse a Su Voluntad.

Resulta lamentable presenciar ciertas actuaciones: presionan abierta o veladamente para hacerlos beneficiarios de sus carismas; imponen las manos y oran "por sanación" a quien se les ponga a tiro; "evangelizan", autónomos, sin contar para nada con la anuencia, menos aún con el permiso del párroco; van de grupo en grupo mostrando que ellos sí tienen los dones del Señor, usando y abusando de los mismos, caso de que llegaran a ser verdaderos. La autoridad aún del obispo, queda al margen, porque son conducidos directamente por el Espíritu. No resulta fácil ni cómodo derribarlos, como a Saulo, del caballo. Se hacen impermeables a los consejos sensatos y aún a la gracia. No caen en la cuenta de que lo primero que el Espíritu Santo crea en nosotros si realmente actúa, es la humildad y la obediencia en amor. Con tales personas que, afortunadamente no abundan en la Renovación, y terminan por alejarse de ella, se necesita mucho tacto, mucha paciencia y oración para saber actuar sin hacer daño alguno a otros que, demasiado crédulos o influenciables, han caído en la órbita de tales personas. El perjuicio, y aún el escándalo, se acrecientan cuando ocurre con algunos de los servidores. El puesto que ocupan les hace blanco especialmente vulnerable a las miradas de los demás.

No debemos juzgar la Renovación por estos hechos que se esfuman ante la fuerza y la verdad de la obra del Señor en la Iglesia por su medio. Lo sano, lo equilibrado, lo santo es mucho más que lo defectuoso. Y aún esto, tiende a desaparecer, sobre todo, cuando se cuenta con sacerdotes y obispos que animan, alientan, enseñan, guían, amonestan fraternalmente. Y esto, entendemos, debe ser así no solo por razón de los dones, sino también por la Renovación como tal y por su importancia para la Iglesia: "El crecimiento de la Renovación a nivel internacional, el incesante compromiso y la participación, cada día mayor, de obispos muestra que la Renovación no es algo marginal y periférico a la vida de la Iglesia en sentido psicológico. Teológicamente, toca lo que hay de más central en el evangelio y en el misterio Cristo". "Es el más importante movimiento de renovación (si por tal se ha de tener y no más bien como un "acontecimiento espiritual") en la Iglesia contemporánea".

